

## Modernidad, crisis y crítica \*

Jaime Ortega Reyna

Complejidad no es equivalente a falta de inteligibilidad. Complejidad es también hacer legible algo: ¿qué es pues lo que se lee? Esa es quizá la principal interrogante que asalta cuando se toma el último volumen publicado por José Gandarilla Salgado, joven académico mexicano, con un recorrido ya largo que le ha merecido el premio Frantz Fanon que otorga la asociación filosófica caribeña. Gandarilla nos entrega su lectura del tiempo contemporáneo, de nuestro tiempo, escarbando por igual en tres registros cuyas dimensiones podrían ser emplazadas como: el acontecimiento, la coyuntura y la larga duración. Lo hace a partir de tres nociones articuladoras del conjunto de su discurso que anudan y entrelazan una cantidad importante de autores, temas, variables, reflexiones, hipótesis. Se trata de tres nociones bien conocidas por la teoría social, por la teoría crítica y la así llamada filosofía social: la modernidad, la crisis y la crítica.

\* José Gandarilla (2015), *Modernidad, crisis y crítica*, CEIICH-UNAM, México, tercera edición.

El propósito de este emplazamiento es realizar una operación radical al seno de lo que conocemos bajo el nombre de “teoría crítica de la sociedad”, explícitamente declarada por el autor: intervenir favorable y conscientemente en su apertura a nuevos sentidos, dados a partir de los puntos nodales aportados por el programa de investigación modernidad/colonialidad. El reconocimiento de esta búsqueda de relevo de sentido al seno de la teoría crítica encuentra entonces una dimensión conceptual triple expuesta en el título y una dimensión temporal a partir de lo que señalamos arriba.

El autor entiende la modernidad como el complejo sociocultural que ha unificado y totalizado la experiencia de la vida humana. En ella se juegan las posibilidades de interpretación e intervención de los sujetos en la larga duración histórica. Gandarilla bien señala las consecuencias y los efectos de su periodización en las versiones críticas (con respecto a cierta versión estandarizada) de Bolívar Echeverría y de Enrique Dussel. El primero representante privilegiado de una recepción

crítica y que operó una ampliación programática de la teoría crítica, y el segundo, cabeza importante de la forma descolonizadora que ha dado apertura a versiones históricas y conceptuales distintas a la de dicha teoría. La modernidad es entonces un dispositivo que permite la lectura del conjunto de las contradicciones, dilemas y tensiones de la historia humana en una temporalidad amplia. En el sentido que se le otorgue a lo moderno es como se pueden dar apertura o clausurar los principales nudos problemáticos: la explotación, la dominación y la disponibilidad social. Tanto lo que Gandarilla llama la “teoría crítica tradicional” como el giro descolonizador apuestan a colocar estos tres momentos en confrontación y tensión, a historizarlos y conceptualizarlos. Desde miradas distintas, produciendo figuras diversas, aunque con objetivos similares. Los textos de Gandarilla están dirigidos a discernir los puntos nodales de la conceptualización de la modernidad, por un lado la necesidad de pensar la técnica y la superación de la escasez pospuesta por el capitalismo a nombre de una racionalidad instrumental y dominadora; por el otro, la crítica de los supuesto eurocéntricos que animan a pensar lo colonial como eje articulador de las formas de dominación sobre la terna: raza/clase/género.

En la historización de ambas discursividades, Gandarilla observa un desplazamiento al problema técnico en el siglo XI por parte del principal representante de la teoría crítica; y un énfasis

de la dimensión establecida en el siglo XVI por parte del giro descolonial. Desde el punto de vista del autor, la teoría crítica podría enriquecer sus armas heurísticas si no se limita a analizar y realizar crítica de lo concerniente a la explotación técnica del trabajo humano (el capitalismo), ampliando así su horizonte a la dimensión colonial. A la *crítica de la economía política* (nombre que Marx optó para una de sus obras y que relegó a un subtítulo en su obra cumbre) le hace falta encarar con plenitud las múltiples dimensiones que aportaría el estudio y crítica de lo moderno-colonial. De alguna manera aquellas contradicciones vistas con claridad por Karl Marx en distintos momentos de su desarrollo teórico (valor/valor de uso; trabajo vivo/trabajo muerto; capital/trabajo) necesitan ser sobredeterminadas por los elementos propios de lo colonial. La dimensión de la colonialidad permite entender el capitalismo en su dimensión no europea (la más extendida y la que afecta a un mayor número de contingentes humanos) así como ubicar incluso las fuentes del poder de esa geocultura (la occidental) que se ha impuesto como la única pretendidamente universal. Justamente el problema teórico en el que está metida la teoría crítica está en su incapacidad de salir del universalismo abstracto encarnado tanto por el capital como por la versión geocultural que representa Occidente. El giro descolonial no pone en duda la universalidad, sino que la tensiona demostrando su carácter abstracto. En la

modernidad, si una cultura ha podido presentarse como universal, no es por su potencialidad emancipador, sino al contrario, lo ha sido por su capacidad de ejercicio de la violencia, de un cierto poder despótico que arrasa y subsume a culturas que le son equivalentes.

Leer el problema de la modernidad es equivalente a la lectura de una larga duración histórica, lo que permite afinar los dispositivos teóricos de comprensión, las herramientas heurísticas así como los conceptos y categorías necesarios. No hay intento de desplazar a la “teoría crítica tradicional”, sino de ampliar sus horizontes reconociendo los aciertos y las falencias, sus lugares oscuros, aquellos en los que no se atrevió a apuntar sus dardos.

En esa disposición histórica de la coyuntura, el término predilecto por nuestro autor es el de crisis, así como en el análisis de una larga duración es el problema de la modernidad. La crisis es el signo de nuestra coyuntura: todas las reflexiones, las teorizaciones, las hipótesis y en general cualquier intento de lectura de nuestro tiempo pasa por esa dimensión. El sentido de la crisis capitalista de nuestro tiempo es aparejado con la crisis de los paradigmas con la que las ciencias sociales se movían con soltura en la época pasada. En un esfuerzo de teorización y demarcación de las características de la actual crisis, Gandarilla recurre al expediente que nos lega Marx, definiendo las crisis capitalistas en tres tipos: mercantiles, financieras y geográficas. Estas dimensiones, exploradas por el autor,

en realidad no tienen sino un sentido doble: por un lado aproximarse a una definición de lo que se evalúa con Bolívar Echeverría como una crisis civilizatoria y, por el otro, pensar las posibles salidas y múltiples dimensiones problemáticas para una política de carácter alternativo. No es sólo hablar de la crisis por sí misma, sino justamente por el sentido que pensarla tiene para una política de corte liberador, que responda tanto a los límites como a las posibilidades. Siguiendo el legado de René Zavaleta, ubica el momento de la crisis como el de una posibilidad de conocimiento, de apertura y de configuración de alternativas. Gandarilla arriesga su propia interpretación de esta situación al comparar segmentos de la historia similares, pero destacando siempre la especificidad de un capitalismo que ha encontrado una convivencia con esa crisis a partir de la radicalización y multiplicación del despojo, la explotación y la clausura de posibilidades democráticas que los pueblos vienen ensayando a contracorriente.

Justamente esta última dimensión nos lleva al análisis del acontecimiento. Ya no al enunciar sólo las condiciones de posibilidad de una política liberadora, sino a sus reales avatares de realización: complejos, tortuosos, con diques que sobrepasar. Aquí se impone plenamente el horizonte mexicano (tan presente, por lo demás en la introducción del libro que circula a propósito de los 43 estudiantes desaparecidos) de articulación discursiva en torno a la vigencia y forta-

lecimiento del neoliberalismo, de las formas de despojo y de la radicalización de la explotación por una vía abiertamente violenta y desgarradora de cualquier tejido comunitario. Justamente en el acontecimiento –momento breve, instante de intervención– es donde Gandarilla pone a prueba su perspectiva de apertura del giro descolonial. Lee la tragedia neoliberal que vive México a partir de los dispositivos fundamentales de lo moderno/colonial. Gandarilla destaca del análisis la presencia de ese “neoliberalismo de guerra” (utilizando la frase de don Pablo González Casanova) tan vigente y perturbador para el caso de México y sobre todo el proceso de franca disolución de la relación estatal. El Estado, ese dispositivo mágico (como dirían desde distintos lugares Taussig y Coronil) cuya forma abstracta no entra en crisis, pero cuya dimensión como estatalidad disputable por los conjuntos movilizados de la sociedad se encuentra en crisis del sentido de su capacidad e incluso de su realidad tangible. No por nada Gandarilla recurre a la frase de la existencia de una “economía política del

desastre”, dada la abierta privatización y desnacionalización de la estatalidad mexicana, que deja inermes a los conglomerados sociales más desfavorecidos a merced de las políticas mercantiles. Minería, despojo, pérdida de derechos, violencia mercantil, todo ello se conjunta en un “desastre” propio de una economía política marcada por la crisis y por una poca potencialidad de las alternativas vigentes que se le oponen.

El autor nos convoca, desde un vasto arsenal teórico y de referentes empíricos, a discutir la multidimensionalidad de la crisis, la necesidad de pensar alternativas viables, sin renunciar a horizontes reguladores de más amplia pretensión. La convocatoria es justamente la más compleja de las tareas para la ciencia social de corte crítico: pensar alternativas de largo plazo que permiten dotar de un sentido más amplio a las distintas discursividades. Se trata de asumir el “giro descolonial” sin renunciar a la herencia legada por Marx, la Escuela de Fráncfort y discursividades aledañas que contribuyen a pensar la liberación y liberar al pensamiento.